

POR encima o por debajo —esto nunca se sabe muy bien— de la crisis económica generalizada que sufrimos desde hace ya cuatro años, se perfilan crisis sectoriales más agudas que afectan a partes específicas de nuestra estructura productiva: la agricultura, la pesca y la minería han constituido desde hace ya muchos años las cenicientas de nuestro particular desarrollo capitalista, pero hoy se les añaden sectores de nuestra industria, como la siderurgia, la construcción naval, la industria de bienes de equipo, el textil, que se encuentran al borde mismo de la hecatombe y su caída amenaza arrastrarnos a todos al fondo del subdesarrollo, a una endémica situación de pobreza y de paro sólo aliviada por la llegada de los turistas —los ricos del mundo—, si es que la moda o las condiciones económicas que les ofrezcan otros países igualmente pobres e igualmente subdesarrollados no les llevan a otras latitudes.

Todo esto nos ocurre cuando ya teníamos la "miel en los labios", cuando nos habían convencido de que estábamos a las puertas del "club de los grandes", o al menos de los medianos; que los cuarenta años de totalitarismo y de represión que siguieron a la victoria en la guerra civil, que permitieron a nuestros capitalistas hacer lo que les vino en gana, habían por lo menos servido para que la formidable acumulación de capital realizada sobre nuestros despojos, nuestro trabajo mal remunerado y como consecuencia de una actividad económica manejada a su antojo y a su exclusivo provecho, nos hubiera situado en ese umbral de los relativamente poderosos, a partir del cual todo resulta más fácil porque se participa del reparto internacional del sudor y del trabajo ajeno. Pues nada de eso. Los mismos —exactamente los mismos— que cantaron las excelencias de nuestro desarrollo, que lo planificaron, que nos pasaron por las narices el "milagro español", que, como verdaderos santones capitalistas, habían ellos solitos realizado, nos informan que el desmantelamiento de nuestra agricultura, su abandono para dedicar todos nuestros esfuerzos a la industrialización, sólo ha servido para meternos en un atolladero. Nos dicen, muy serios, que todo nuestro trabajo acumulado en sus manos y convertido en plantas siderúrgicas integrales, miles de millones de pesetas en obras colosales, puentes de laminación, altos hornos, cadenas de producción que tantas veces nos enseñaron, son montones de chatarra sin valor alguno; que los astilleros capaces de construir petroleros gigantes, son equivocaciones, previsiones mal hechas; que las plantas industriales que construyen piezas enormes para instalaciones industriales futuras, no merece la pena que las sigan haciendo porque hoy no sirven para nada; que Matesa, empresa modelo del sector textil, ejemplo de protección del Estado y destino privilegiado de los créditos públicos, fue simplemente eso: una estufa de Juzgado de guardia. Nos lo cuentan ahora y se quedan tan frescos con su chatarra entre las



Un grupo de metalúrgicos, durante la reciente huelga general del sector, en Madrid.

LA SIDERURGIA INTEGRAL EN CRISIS

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO (EDE)



Agustín Rodríguez Sahagún; los empresarios, en el Gobierno.

manos, buscando a quien encajarle el muerto.

Pero no se puede olvidar que toda esa "chatarra inservible acumulada" fue, antes de serlo, trabajo de mujeres y hombres, horas, años de trabajo realizado por unos, organizado y apropiado por otros; que estos "otros", que organizaron y se apropiaron del esfuerzo de los trabajadores, tuvieron a su exclusivo servicio todos los resortes del Estado, incluidas sus fuerzas represivas, para impedir que quienes realizaron el trabajo pudieran intervenir lo más mínimo en el destino que se dio a la acumulación, e impedir la expropiación progresiva a que les sometieron. No se puede olvidar tampoco que los únicos y exclusivos responsables de que todo este trabajo acumulado y convertido en capital sea hoy "chatarra" sin utilidad alguna, son los mismos que hoy re-

claman que en la Constitución democrática que pretenden, se sancione su poder económico con el reconocimiento de la libre empresa y de la economía de mercado. Ni mucho menos se puede hoy no tener en cuenta que en gran parte el trabajo que se apropiaron, que organizaron y convirtieron en plantas industriales, es hoy inservible, chatarra sin utilidad alguna, y sus decisiones inversoras de entonces, la causa directa del paro y la miseria que aparece como el más negro problema con el que se enfrenta nuestra economía.

No existe —creemos— ningún otro ejemplo, en las economías modernas, en el que concurra de una manera tan evidente un encadenamiento de causa a efecto que señale a los responsables de un desastre, porque es difícil encontrar otro caso de cuarenta años de poder absoluto y sin limitaciones que se haya empleado con tan enorme desacierto, y que cuando se llega al límite y el cambio se impone, se admita que sean los mismos quienes pretendan hacer "borrón y cuenta nueva", cargando sobre las víctimas de sus equivocaciones el costo total de las mismas, para ensayar un nuevo remedio.

Resulta asombroso escuchar al ministro de Industria y Energía, Agustín Rodríguez Sahagún, decir que "España tuvo un fuerte intervencionismo estatal durante la etapa de reconstrucción industrial, intervencionismo que se mantuvo después bajo formas diversas y que ha durado demasiado...". "Ha habido —añade— quizá un exceso de paternalismo por parte de todos, y los participantes del sistema económico tenemos que ir poco a poco asumiendo las responsabilidades que a cada uno nos corresponden en el

marco de la economía social de mercado. La resignación de recursos a través de la correspondiente reconversión de nuestro modelo es fundamental para poder tener un crecimiento estable que haga frente a las necesidades sociales de nuestro pueblo. Hay que ir a una utilización más intensiva de la mano de obra, un mejor aprovechamiento de la energía, un saneamiento definitivo de nuestro déficit exterior y un mejor equilibrio sectorial y regional. Esto implicará una política diferente de costes, eliminando el encarecimiento o subvención oficial de algunos de ellos". Resulta asombroso el escuchar estas declaraciones del ministro, sabiendo que, como se hace constar en la presentación de estas declaraciones que hace a "El País" del día 4, "ha dedicado su actividad profesional al desempeño de puestos ejecutivos en la empresa privada en diferentes ámbitos sectoriales. Algunos de ellos —añade— son, precisamente, los que en estos momentos presentan perfiles más críticos...". Por otra parte, el señor ministro fue, hasta el momento de ocupar su puesto, el presidente de CEPYME, una de las importantes agrupaciones empresariales de medianas y pequeñas empresas, y vicepresidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), donde se encuentran los más grandes e influyentes empresarios de nuestro país. El asombro —la verdad— no es tanto por lo que dice como por el hecho de que la resolución del entuerto siga en las manos de quienes representan a los mismos que lo causaron y de los que de él sacaron provecho, sin que se haya producido, ni a nivel político ni a nivel económico, el saludable expediente

de apartar a los responsables y dar a los que padecieron los errores la oportunidad de ser ellos quienes tomen en su mano las soluciones alternativas.

Lo más asombroso, para quienes todavía conservamos capacidad de asombro, es que la izquierda política y sindical, los que reclaman ser los representantes de la clase obrera, sigan apostando, desde el fondo de la crisis donde se debaten los trabajadores contra las nuevas amenazas de paro, por el inminente cierre progresivo de las empresas no rentables ni competitivas, que constituyen la totalidad de los sectores económicos en crisis estructurales; a la solución capitalista que se intenta llevar adelante desde el Gobierno de la reforma del presidente Suárez, sin haber replanteado ya una ruptura de la tregua democrática y propuesto una alternativa global movilizadora, una estrategia ofensiva basada en los intereses y necesidades de los productores y no en la rentabilidad del sistema para los empresarios.

No nos parece que pueda servir en este caso el argumento de que, ya que la crisis la ha producido el capitalismo en sus años dorados de poder absoluto del franquismo sobre la clase obrera, sean los capita-

DATOS DE LA CRISIS

ENSIDESA, empresa del sector público (INI). Plantilla: 27.000 trabajadores.

Pérdidas 1977: 10.000 millones de pesetas.

Volumen de ventas 1977: 85.000 millones de pesetas.

Altos Hornos de Vizcaya, empresa privada. Plantilla: 9.500 trabajadores.

Pérdidas 1977: 2.500 millones de pesetas (previsiones 1978: 9.000 millones).

Volumen de ventas 1977: 45.000 millones de pesetas.

Altos Hornos del Mediterráneo, empresa privada (participa Altos Hornos de Vizcaya con el 42 por 100 del capital y puede considerarse como una filial de esta empresa). Plantilla: 3.500 trabajadores.

Pérdidas 1977: 3.500 millones de pesetas (previsiones 1978: 5.600 millones).

Volumen de ventas 1977: 15.000 millones de pesetas.

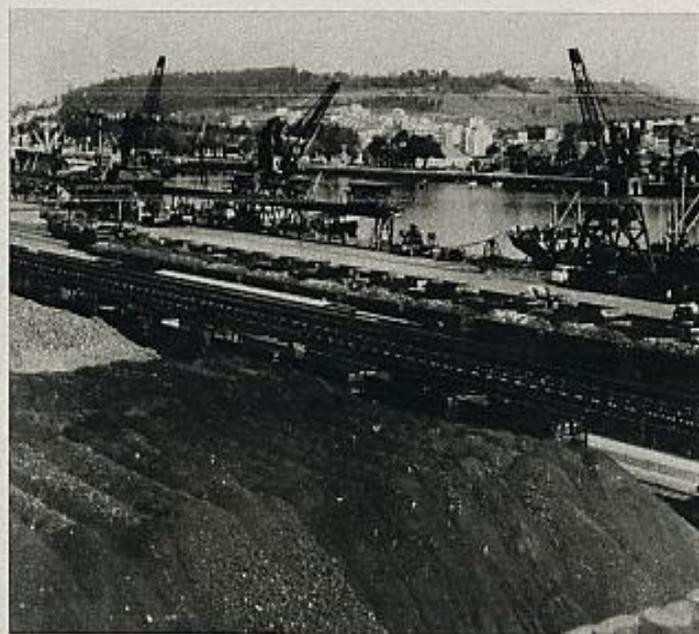
La capacidad productiva del sector es de 15 millones de toneladas; la producción en 1977 y posiblemente en 1978 no supere los 11 millones.

Postura del Gobierno ante la crisis: Mantener los actuales niveles de capacidad, sin autorizar nuevas inversiones que generen más problemas. Eliminar las instalaciones obsoletas e innecesarias en plazo razonable. Para Ensidesa, la capitalización a través de fondos públicos suministrados por el INI en base a los presupuestos de este año o anticipos sobre el año que viene, conversión de créditos en acciones u otras ayudas financieras. La capitalización de las empresas privadas mediante aportaciones de los accionistas, moratorias de los acreedores y aporta-

ciones del Estado que pueden invertir fórmulas de créditos o aportaciones de capital, evitando cualquier tipo de nacionalizaciones, comprometiendo a los accionistas, acreedores y trabajadores en la solución que se adopte. La ayuda oficial aparecería en el momento en que se produjera el acuerdo entre estas partes, no antes.

Postura de centrales sindicales y partidos de la izquierda: Que se suspenda todo plan de desmantelamiento parcial de Ensidesa. Que se rechacen los planes siderúrgicos que sólo favorecen al gran capital privado. Que se promulguen la nacionalización de toda la siderurgia integral, aplicándose el presupuesto adecuado para hacer posible el saneamiento financiero de este sector, así como los planes racionales de su expansión y, sobre todo, que se desarrollen las secciones acabadoras, sin las cuales no se puede llegar a una situación de rentabilidad.

El sector empresarial privado opina: Claudio Boada (presidente de Altos Hornos de Vizcaya) manifestó a la comisión negociadora del convenio que el riesgo de suspensión de pagos no se presentará hasta el verano, pero para esta fecha el Gobierno habrá decidido ya sobre la ayuda financiera que se precisa y que estima en 20.000 millones de pesetas. La Cámara de Comercio valenciana, en su último pleno, se manifestó a favor de mantener la iniciativa privada en la planta de Sagunto (Altos Hornos del Mediterráneo). Los empresarios valencianos postulan la necesidad de arbitrar una solución en el marco de los presupuestos ideológicos del gobierno de economía de mercado, realizándose inversiones para disminuir las pérdidas, unos 40.000 millones de pesetas, piden la ayuda y los créditos del Estado. ■



No se puede olvidar que toda esa "chatarra inservible acumulada" fue, antes de serlo, trabajo de mujeres y hombres, horas, años de trabajo realizado por unos, organizado y apropiado por otros. (Ensidesa de Avilés.)

listas desde el Gobierno quienes la solucionen o carguen con el fracaso y se quemen políticamente en el empeño, ya que los sucesivos acuerdos políticos que les hacen abandonar la ruptura frente a la reforma y que culminan en el pacto de la Moncloa, les convierten en corresponsables del intento y responsables directos y únicos del precio que la clase va a pagar por una Constitución y una democracia que, desde luego, no será la suya. Quemarse es posible que se quemara la izquierda desde la oposición integrada en que se ha situado.

Sólo desde la perspectiva de "alternativa de poder" en que se ha situado el PSOE, y en que, a juzgar cómo se está desarrollando la pre-

paración del IX Congreso, se quiere situar también al PCE, de no ofrecer una alternativa de clase fundamentalmente distinta, sino ofrecer una mejor gestión de los intereses capitalistas identificados con el bien común, se puede aceptar el argumento de que, en las crisis del capitalismo, el Gobierno de izquierdas sólo hace sacar las castañas del fuego y quemarse en la operación. Este argumento no sería válido si la izquierda presentara una alternativa de clase que supusiera un cambio radical de los objetivos de la sociedad, ya que ante objetivos nuevos es posible que la "chatarra" deje de serlo, y el trabajo acumulado, recuperado por el pueblo, sirva de base material suficiente para sa-

tisfacer sus necesidades reales, aunque su desarrollo productivo no dé beneficios para los capitalistas.

Sin embargo, la ocasión para la izquierda es en estos momentos óptima, siempre que decididamente luchasen por una alternativa global al sistema capitalista y supieran formularla, ya que jamás se ha presentado con tanta claridad y evidencia el fracaso de sus enemigos de clase, y tampoco es probable que en ningún otro momento se presente con tal nitidez que las medidas correctoras del fracaso que proponen suponen el sacrificio continuado de los trabajadores y del pueblo—cada empresa que se cierra por improductiva supone, sin remedio, un aumento del paro y de la miseria para los trabajadores—, y que a la larga, si al final de los sacrificios inevitables se consigue un punto de partida estable, este punto de partida será bien modesto y alejado a los sueños que suscitó el triunfalismo del período dictatorial, pues nos encontraremos que nos han convertido en un modesto país capitalista subdesarrollado y dependiente. Parece cierto que no se trata simplemente de "apretarse el cinturón" durante un corto período para volver a encontrar el camino hacia la prosperidad progresiva, sino que se trata—dentro de un mundo capitalista ya establecido—de apretarnos el cinturón para que nuestro estómago se haga a la medida de nuestras posibilidades escasas, a la medida de nuestra hambre crónica. La jerarquía internacional del imperialismo y el rapaz reparto de la plusvalía generada en los países sometidos entre los grandes del momento, no nos dejarán ser otra cosa. Nuestro techo en el sistema capitalista mundial se establece, o nos lo establecen, por debajo de los grandes y aun los medianos, se identifica—nos guste o nos desagrade—con la suela de la bota de Europa.

Si la izquierda no es capaz de comprender y de hacernos comprender que su alternativa se sitúa en otra onda que la que nos ofrece el desarrollo capitalista de un consumo que siempre nos va a parecer insatisfactorio por la relativa diferencia que nos separará del consumo de nuestros dominadores, difícilmente logrará cambiar la función que se le asigna en el sistema de sujetar las excesivas aspiraciones de los trabajadores, limitándolas a los términos bien precisos que señala lo que el capitalismo, en el mejor de los casos, puede ofrecerles, términos que, en nuestro caso, son bien modestos y bastante ingratos.

Ante la realidad que nos presentan las crisis agudas que padecen sectores tan básicos de nuestro desarrollo como la crisis, al parecer sin salida, del sector siderúrgico, que muestra, quizá mejor que ningún otro, el fracaso del intento franquista de forzar el límite de nuestro desarrollo capitalista dependiente, y ante la realista posición del empresario-ministro que gobierna nuestra industria de abandonar el intento y configurar nuestra siderurgia integral dentro de las limitaciones que impone nuestra dependencia a las grandes potencias que nos dominan, la izquierda—partidos y centrales sindicales de la clase—se muestran incapaces de situar una alternativa a la crisis del sector fuera del marco ya trillado y del camino ya recorrido sin éxito de las nacionalizaciones o las subvenciones estatales, balones de oxígeno que si bien evitan, de momento, el desmantelamiento y su secuela del paro para los afectados, no resuelven, sino únicamente demoran, el problema. Como ilustración ofrecemos un brevisimo pero significativo resumen de las opiniones aparecidas en la prensa sobre este tema de la crisis de la siderurgia integral. ■